



Caballito

De Enrique H. Sainz-Rozas

Indice

Indice	2
En la carbonera. 4 de junio.....	3
En la carretera.....	13
La autoridad competente.....	22
Caballito.....	27
¡Saqueadores!.....	33
Esto es el final, amigo mío.....	39

En la carbonera. 4 de junio

Aquel calor desaforado obligó a la pareja de jubilados, marido y mujer y compuesta por el señor Blacksmith y la doctora Martínez a juntar y rascar todos sus ahorros y buscar una casita cercana a la costa donde las temperaturas fueran más llevaderas. Encontraron una no muy costosa con algo de buen terreno para entretenerse en la jardinería y si acaso en frutales, tomates, pimientos y fabes. Lo que era mucho entretenimiento para tan moderada producción y que a pesar de todo se consumía con reverencia y gusto casi religioso. Para un año iban ya felices en su retiro rural, cuando aquel verano se puso insoportable en todo el país. Casi 40 grados, allí en una de las comarcas más veteranas en esto del fresco. Pero el cambio climático atacaba sin piedad las tierras que antaño fueron frías y ahora eran hornos desatados sin tregua ni cuartel, que además pillaron a nuestra pareja sin armas ni bagajes contra la canícula de día y el bochorno de noche. El primer piso malo, el segundo más malo, la buhardilla igual, quizá se debía investigar la carbonera, un sótano que tenía la casa, con un ventanuco y que albergó en su día el carbón para la cocina económica que también se usó en la casa y que ahora era simple adorno de pulidos metales bronceados. Bajaron pues a la carbonera con la llave de la vieja cerradura y tras sufrir para abrir la puerta, y tras tener que pelear con el polvo, las telarañas y los restos de carbón con forma de huevo, coligieron, que efectivamente, era el lugar más fresco de la casa, con diferencia. ¡Qué bien, se dijeron! La limpiaremos y nos mantendremos más frescos mientras dure esta maldita ola de calor.

Establecieron un horario de trabajo de amanecida para evitar los sudores innecesarios. Al tercer día, con todo el carbón y las astillas sobrantes metidas en una caja bien tapada, y las paredes y suelos bien barridos y los cristales del ventanuco también limpios, se sentaron en sus hamacas playeras y sobre una mesita, también de playa se sirvieron unos cafés con hielo mientras escuchaban la radio al mediodía. Tenían previsto poner la tele con un cable largo de antena que comprarían por Internet, dado que el pequeño pueblo que había a unos cinco kilómetros al sur no disponía de otra cosa que una tranquila taberna que además vendía quesos, embutidos y otros suministros.

La radio decía que los rusos eran muy malos y los ucranianos buenos. Que los europeos vivíamos en un jardín y el resto del mundo era una selva de fieras. Al señor Blacksmith y a la doctora Martínez estos comentarios les parecían muy simples pues no describían aquel interminable conflicto como realmente era. En medios menos comerciales se avisaba del peligro que representaba que Europa llevara pinchando el culo de Rusia unos cuantos años, tensando la situación sin ninguna necesidad, cuando Rusia y Ucrania, pensaba el señor Blacksmith, hubieran llegado a un alto el fuego ya años atrás si Europa hubiera querido. Y precisamente ese 4 de junio ocurrió.

A la fresca de la carbonera estaban cuando un misil balístico cayó sobre la base naval de la costa, a unos 40 kilómetros, pillando a nuestra pareja de jubilados tomando café con hielo y escuchando las noticias.

Lo que podía pasar pasó. La Guerra Nuclear. El horror atómico.

A nuestros protagonistas primero les llegó una luz tremenda que les dejó medio ciegos, aturdidos y con sensación de pérdida de la conciencia, no pasó un segundo cuando llegó la radiación neutrónica y de rayos gamma propia de la bomba, de la que se salvaron nuestros héroes gracias a la carbonera, con su puerta entornada por el calor, aunque ya estaban casi inconscientes. Un cuarto de segundo más, alcanzó la casa la ola calorífica, de la que la carbonera también les salvó aunque sufrieron algunos daños en la piel más cercana a la puerta. Y un minuto después llegó la onda expansiva y su contra onda de las que no fueron conscientes y que afectó a todas las casas del pueblo, incluida la de nuestros personajes, no dejando un tejado sano, ni porches ni ventanas y algunas paredes derribadas en las edificaciones más viejas. Pero la carbonera aguantó. Los vidrios del ventanuco se rompieron pero no dañaron a nuestra pareja. Como media hora después, el señor Blacksmith y la doctora Martínez seguían inconscientes pero vivos y una densa lluvia de polvo y cenizas radiactivas cayeron sobre la zona coloreando de gris, pueblos, campos, casas, ríos, y parques. No tenía nada de bello ni de espectacular. Eran cenizas venenosas que irradiaban cualquier cosa sobre la que cayeran. Y era necesario evitarla como fuera durante al menos un par de semanas. Para añadir más horror al escenario varios impactos de bombas aún más poderosas detonaron en un área de 300 km.

Tardaron nuestros personajes en despertar y más tardaron aún en ser conscientes de lo que pasaba. Afortunadamente quizá, debido a su estado de debilidad no salieron de la carbonera, y el señor Blacksmith muy bien informado de estos temas, entendió lo que había pasado.

—Demasiado cerca —se dijo a sí mismo.

Han tirado una o varias bombas atómicas, le dijo a su mujer.

—Entonces vamos a morir todos... —repuso ella.

—Lo primero es no salir de aquí excepto por necesidad. Hay que aguantar hasta que deje de caer ceniza radiactiva —dijo.

Y siguió:

—Con esos plásticos de la pintura que bajamos para recoger trastos hay que confeccionar una especie de trajes que nos permitan subir a la casa y recoger todo lo necesario para volver aquí.

— ¿No podemos quedarnos en la cocina, bien cerrados?

—Aquí es más seguro, tenemos casi dos metros de tierra hasta el ventanuco que hay que cerrar con cartones o plásticos. Después bajaré agua y comida envasada de la que guardó por si acaso, lo envolveremos todo en los plásticos que sobraron de la pintura para que no se contamine con lo que cae. Bajaremos, agua, mantas, comida y recipientes para nuestras necesidades. Después tiraremos los plásticos justo al entrar.

— ¿Y no estará todo ya contaminado?

—No creo, pues todo está dentro de armarios y alacenas. Lo primero es cerrar el ventanuco.

—Se ha ido la luz, necesitaremos más linternas y el infiernillo de camping gas —dijo ella.

Cerraron en ventanuco con los cartones que habían puesto en el suelo de rudos adoquines. De momento tenían una linterna para iluminarse. Después con las tijeras hicieron ponchos en los grandes plásticos que se usan para tapar los muebles cuando se

pinta una casa, de los que tenían buena provisión. Dicho y hecho salieron a la escalera y quedaron desconcertados de la inusual luz que había ya atardecido.

—Son los incendios de las ciudades —dijo el señor Blacksmith.

Una vez en la cocina, recogieron todo lo que consideraron necesario, incluidas las medicinas, papel higiénico y de cocina y algunos libros. Habría por lo menos dos viajes.

Bajo la fantasmagórica atmosfera del atardecer apocalíptico, nuestra pareja bajó y subió un par de veces enfundados en sus incómodos ponchos de plástico transparente y con la ayuda del carro de la compra terminaron de colocar todo en la carbonera. Cuando estaban a punto tirar los contaminados plásticos, la doctora Martínez se dio cuenta de lo que faltaba: no hemos traído ni colchonetas ni mantas, ni la ropa de abrigo, aunque quizá no nos haga falta.

—Sí nos hará falta, pronto empezará a hacer frío y caerá una nieve sucia y cenicienta, muy peligrosa.

Y volvieron a subir. Juntaron todo en el porche y se detuvieron un momento para dirimir que podría faltarles. ¡Las herramientas!

—Pero están en el cobertizo —le advirtió ella.

Decidieron bajar todo y traerlas más tarde. Desecharon los plásticos y pusieron las colchonetas de camping como mejor pudieron. Pusieron clavos en las paredes para usarlos como perchas. Las botellas de agua de siete litros las forraron de cartones

—Necesitaríamos un contador Geiger —musitó el señor Blacksmith

—Muchas cosas vamos a necesitar, si es que vamos a sobrevivir —le respondió la doctora con gesto grave.

— ¡Ale! Saldremos adelante, como superamos mi cáncer, juntos...

El señor Blacksmith que había tenido ínfulas en su juventud de survivalista era algo optimista. Tenía conocimientos de montaña, de supervivencia en medios naturales y se había bajado precisamente el Manual de supervivencia de John Wiseman que tenía un apartado sobre explosiones nucleares y radiación. La primera pregunta mientras lo leía era

cómo saber si la bomba había sido detonada a gran altura y por tanto con menos radiación o a ras de tierra, que son especialmente radiactivas.

La doctora Martínez se había jubilado tras trabajar muchos en hospitales del Servicio de Salud, tenía mucha experiencia en Medicina Primaria, Preventiva y administración de Servicios Sanitarios. Era una consumada racionalista que creía muy poco en la buena suerte, y mucho en la sanidad pública y la enseñanza pública, las fuentes de agua potable, los servicios higiénicos, las buenas carreteras que conducen a los Hospitales y los rápidos Sistemas de Urgencias. Y todo eso acababa de desaparecer al menos en varios cientos de kilómetros a la redonda. Su instinto profesional le decía que debía acercarse al pueblo y ofrecerse voluntaria. Si bien las posibilidades de ayudar en el pueblo donde no había ambulatorio, ni médicos, ni farmacia y en un alto, eran bastante difíciles.

En la discusión que siguió, el señor Blacksmith le dio datos suficientes para dudar de tal expedición. Primero tenía que funcionar el coche, que estaba por ver, después había que trasladar agua y provisiones al vehículo, también protegerse con ropa adecuada, guantes, pasamontañas, gafas solares, y muchas otras cosas. Nos acercaríamos al punto cero, algo muy peligroso, lo lógico sería al revés. No se sabe que se puede encontrar cerca de la explosión, gente enloquecida dispuesta a matar por un sorbo de agua, con la sociedad colapsada y los instintos más brutales a flor de piel. No. Lo que hay hacer es consultar los móviles y las redes de alerta a ver si dicen algo, la radio a ver si se oye algo, y si eso ocurre seguir las instrucciones del gobierno.

En esa idea, los móviles no tenían línea y en la radio todo era ruido. Afortunadamente la bombona del camping gas estaba llena y se hicieron una sopa de tomate de una lata que venía condensada. Como habían bajado verduras y frutas también hicieron una buena ensalada de fortuna que a la doctora Martínez le gustaba mucho más que esa sopa de lata que tanto le gustaban a su marido. ¡Ostras, no hemos bajado el aceite para la ensalada!

Algo dijo el móvil durante unos segundos que no entendieron. Luego nada. La batería del móvil del señor Blacksmith al 70% la de la doctora Martínez al 60%.

El señor Blacksmith había bajado dos fregonas. Estaba desenroscando los mochos y en el hueco de cada palo de hierro metió las empuñaduras de un cuchillo de Taramundi bien afilado, después los aseguró con cinta americana.

– ¿Y eso? –Quiso saber la doctora Martínez

–Por si...

– ¿Por si qué?

–Ya sabes, un bicho, un loco, quién sabe. Una lanza para cada uno.

–Si no nos cortamos...

–No, hombre, les voy a hacer una funda bien robusta. Parecerán bastones.

La doctora Martínez puso su célebre cara de escepticismo que dejaba las cosas claras sin molestar a nadie.

–Hay que vaciar el retrete –dijo ella.

El retrete era un barreño de metal al que tapaban con una cubierta de cartón y plástico que hicieron y que ajustaba bien el cierre y hasta tenía un asa para abrir.

–Todavía no está lleno. Hay que salir lo mínimo.

–Si lo resistimos.

Aguantaron bien los primeros días. Por un resquicio del ventanuco observaron como caía con profusión una lluvia de ceniza que al modo de la nieve cubría todo el campo de gris.

–Aún es pronto para salir... –dijo el señor Blacksmith.

–Necesitamos más agua, más papel higiénico y mirar a ver si quedan verduras o frutas en la cocina –dijo la doctora Martínez.

–Subiré yo. Si tardo no te preocupes, voy a intentar arreglar las ventanas de primer piso para que sean herméticas. Quizá dentro de unos días podamos trasladarnos.

–No decías que estamos mejor aquí.

–Sí, pero sin contador Geiger, no sabemos cuál es el mejor sitio.

—Por cierto —dijo ella—. Me duelen los dientes.

—Sí, y a mi...

En el primer piso el señor Blacksmith comprobó que no había luz, ni tele, ni agua corriente, salvo un barro oscuro a trompicones. Se afanó en arreglar las ventanas con todos los materiales que encontró y al menos el primer piso quedó muy bien, en el piso de arriba la cosa era mucho peor, pues las ventanas estaban desgajadas, de modo que sacó ropas de los armarios y otros útiles y los bajó a la cocina con dos colchones de la habitación de invitados. Con unos edredones trató de sellar la subida al piso de arriba. Quedó muy contento del trabajo y llenó bolsas de hipermercado con las verduras y frutas que quedaban. Añadió también un paquete de café y otro de leche en polvo. De agua apenas unos 10 litros pudo bajar. Era el mayor problema. Como en la casa había muchos guantes desechables decidió que la mejor manera de limpiarse después de hacer de cuerpo sería con estos guantes desechables que irían directamente al retrete portátil una vez usados. De pilas aún quedaba buena provisión, pues era un maniático de las reservas estratégicas, como decían todos, Ahora se alegraba de serlo.

Cuando entró en la carbonera se dio cuenta del mal olor y sin quitarse el poncho de plástico mientras la doctora Martínez se protegía al fondo de la pared, sacó el retrete y caminó un poco por el jardín y con la pala hizo un agujero como de medio metro de profundo y uno de ancho y allí vació el retrete. Con la pala le dio varios golpes para limpiarlo, pero pese a que el cuerpo pedía limpiarlo con tierra, eso hubiera sido meter más radiación a la carbonera, así que volvió con su mujer y el olor se alivió un poco. Comieron verduras crudas y frutas, pero antes las picaron bien porque les costaba masticar. Era un fallo no haber bajado un espejo de mano, pero él veía la carita que se le estaba poniendo a su mujer y ella veía la carona que se le estaba poniendo a él. Antes de comer se higienizaban las manos con una solución. Ambos sabían que su sistema inmunológico iba, camino sino lo estaba ya, de ser destruido. Todo muy deprimente.

Los móviles, con escasa batería, no tenían ninguna cobertura, ni siquiera para emergencias. La radio solo emitía ruidos a todo lo largo de las dos bandas.

Sabían que probablemente su destino era de muy mal pronóstico. Ya tenían vómitos y diarreas.

—No nos vamos a quedar aquí, para el norte o para el sur, como quieras, pero hay que salir y buscar ayuda —dijo la doctora.

—Sí. Tenemos un carrito de supermercado en el cobertizo y voy a intentar ponerle las ruedas de las bicicletas para que rueden con facilidad. Podemos meter agua y alimentos, linternas, medicinas, ropas y mantas, en fin todo lo que podamos.

Comentaron de ponerle al carrito cuatro postecillos en las esquinas para poder colocar un toldo que protegiera de la luz y de la ceniza. Ya en el cobertizo, la cosa no fue mal, las ruedas iban un poco excéntricas pero valían, los cuatro mástiles los hicieron con las guías de les fabes, luego corchos en la punta y encima el toldo de coche de cuando dormía al raso. En la parte de adelante, pusieron una silla metálica trampeando las patas de atrás con el frontal del carro. Quedó muy robusto. Probó a sentarse la doctora y el señor Blacksmith empujó el carrito con poco esfuerzo. Se volvieron a la carbonera y cenaron algo fresco. Hicieron recuento de provisiones y agua. Racionando tenían agua para una semana y comida para un mes o así. El agua era el principal problema de suministros.

—Oye —dijo la doctora—. ¿Y por qué no usamos el coche?

—No arranca, es híbrido, y aunque tiene el depósito casi mediado, habría que esperar a ver si funciona el encendido, que puede ser dentro de un rato o en semanas. Por otro lado, no esperes que funcionen las gasolineras ni los puntos de carga eléctrica. Si funciona algo estará lejos de aquí.

—Pues sí que estamos bien...

— ¿Entonces nos vamos?

—Sí, sí, no pienso quedarme aquí para morirme de asco en una carbonera.

—De acuerdo, bajemos el carro para irlo preparando y en cuanto esté nos vamos.

—Acuérdate de las medicaciones, ¡ah!, y la tienda de campaña —insistió la doctora.

—También voy a sacar la gasolina del depósito y meterla en el bidón.

—¿Y eso cómo lo haces?

—Chupando del tubo...

—No tragues, eh...

—Pero lo primero va a ser hacernos un traje protector con ropa, guantes, pasamontañas, calzado con polainas y ponchos de plástico grandes y que sobre la cabeza no permitan ver. ¡Vamos que hay mucho trabajo!

El carrito se llenó a doble altura, todo el agua, comida fresca y táperes sacados del congelador empezando a descongelarse, muchas latas de todo tipo, especialmente guisos sencillos y proteínas, también harina, azúcar, café, té, galletas, leche en polvo y normal. Todo bien empaquetado y rotulado en bolsas del súper.

Luego el camping gas, las mantas y las colchonetas, la tienda de campaña, el botiquín y las medicinas, jabón líquido, cepillos de dientes y crema al uso, además de las ropas, cuchillos y varios juegos de cubiertos, dos abrelatas y un sacacorchos. Varios paquetes de pilas de los principales tamaños, cuatro linternas modernas, paquete de costura, un pedernal tratado que daba chispas incluso con lluvia, la brújula, dos rollos de alambre, una caja de herramientas, mucha cinta americana y pastillas para encender juego y tabletas de potabilización de agua, y una caja de preservativos que provocó una risa suave de la doctora.

—Llevar agua. Por cierto, las dos cantimploras.

—Menudo explorador estas hecho, herrero.

—Que no se me olviden las mochilas de exploración y el bidón de gasolina.

—Esto no va haber nadie que lo mueva.

—Con suelo firme sí, ya verás.

—Y cómo vamos a solucionar lo del retrete —quiso saber la doctora.

—Llevo papel higiénico y de cocina, plantaremos pinos en la cuneta.

—Puff, la que nos espera.

–Siempre podemos quedarnos en el primer piso. Desde la ventana se ve carretera, y estaremos algo protegidos.

La doctora Martínez hizo caso omiso de esta propuesta y siguió con el trabajo.

Finalmente el señor Blacksmith ató a ambos lados del carrito de supermercado las sillas de playa junto con las lanzas de palo de fregona. ¡Listo! Se abrocharon entonces el cinturón de acampada con cuchillo de monte, un hacha de mano, la cantimplora citada y una cartuchera con pilas y dos linternas. Luego se pusieron el traje ABQ casero, las mascarillas de hospital, las gafas de sol, el pasamontañas y la capucha y como no tenían espejo hubieron de mirarse uno a otro para darse cuenta del espantoso aspecto que tenían, parecían los Gigantillos de Burgos en fase apocalíptica.

–Cualquiera que nos vea, echará a correr –dijo ella.

–Pues queda lo peor.

– ¿Metiste dos gorras para cuando nos quedemos calvos? –preguntó la doctora con ironía.

Esta vez fue el señor Blacksmith el que no contestó, lo que significaba que sí. Después cortó por la mitad uno de los plásticos para pintar y se los pusieron por encima tapando incluso la cabeza. La doctora se quejó de que todo daba calor.

–Mejor. Vámonos.

En la carretera.

Hubieron de empujar con ánimo hasta que llegaron a la carreterilla local que les conduciría a la comarcal. Apenas eran 30 metros, pero les fatigó.

—Me duele todo, el pelo, los dientes, las manos. —dijo el señor Blacksmith

—Si es la enfermedad radioactiva. Está empezando, y no tenemos pastillas de yodo, y ya llevamos una semana de radiación.

—Quizá pasemos por la farmacia del centro comercial.

Se trataba de un centro comercial que estaba a diez kilómetros al Norte. A alcanzar la carretera comarcal vieron el primer accidente. Un coche en dirección al norte se había salido y caído por la barranquera. Debían ir como locos en aquel vetusto cochecito. Más adelante un tractor con remolque dificultaba el adelantamiento dejando apenas un metro de ancho para pasar. No había nadie de sus supuestos propietarios pero los encontraron un par de kilómetros después tirados en la cuneta separados por unos metros unos de otros. dos varones agonizaban y una mujer y un niño habían fallecido. Los agonizantes tenían quemaduras muy severas, debían venir de cerca de la zona cero.

—No los toques —pidió el señor Blacksmith —Toda la ropa estará contaminada, incluso el cuerpo.

— ¿Y qué hacemos, los dejamos morir aquí?

—No tienen salvación hagamos lo que hagamos.

La situación se repitió varias veces hasta que llegaron al centro comercial. Los vehículos se habían quedado sin combustible. Eran todos viejos, y aunque funcionaban tenía un grave problema, la ventilación del motor aspiraba el aire y pasaba el polvo radiactivo al interior. Eso había acelerado el fin de muchos de ellos que yacían inconscientes en sus asientos. Familias enteras. En algunos coches ya estaban todos muertos. Otros, los menos, deambulaban por los surtidores golpeándolos con herramientas a ver si los ponían a funcionar, también había gente con bidones buscando en la tienda y maltratando los ordenadores del mostrador, pero todo era inútil.

La Red Alerta Temprana europea no había funcionado muy bien y se le habían colado muchos de los misiles de la primera andanada. El centro especializado de la Base Naval tampoco fue capaz de detener los misiles indetectables enemigos. Y todo ello sucedió en 15 minutos que impidió informar adecuadamente a la población cuya única motivación fue coger el coche y salir pitando. Las familias no habían sido capaces de protegerse y el pánico es mal consejero cometiendo todos los errores mortales que las catástrofes, y más las nucleares, te ponen en el camino. Los pocos que se montaron en vehículos que funcionaban pronto agotaron el combustible encontrando todas las gasolineras cerradas. Al no protegerse sufrieron los efectos de la radiación de pleno y eso son tres horrorosos días como mucho de supervivencia. En su agonía los supervivientes cercanos al punto cero sufrieron y vieron las escenas más terribles que su mente podía imaginar, tanto por parte de la explosión como por parte de sus propios congéneres, muchos en estado enloquecido. Y algunas de estas víctimas habían llegado a la gasolinera del centro comercial con la esperanza de encontrar personas atendiendo sus necesidades de agua, medicinas y combustible. Pero no había nada de eso, sólo seres abrasados como ellos con la muerte cercana en sus rostros y peleando bárbaramente en sus últimos días por un botellín de agua.

Nuestros protagonistas vieron de lejos con los prismáticos del señor Blacksmith lo que estaba sucediendo en el centro comercial. Pararon cerca de un gran roble, y se escondieron entre los resecos arbustos. Sudorosos bajos sus capas de ropa, tenían hambre y sed. Se comieron un bocadillo de carne mechada descongelada que aún estaba fría y se dieron unos sorbos de la cantimplora. Desde la carretera era difícil que alguien los viera al pasar, aunque ellos sí podían ver. Y así al rato mientras sentados en sus sillas dormían una siestecita bajo sus plásticos, les despertó el ruido de un autobús que pasaba lleno de lo que parecían soldados en traje de campaña, con cascos y armas. El autobús paró en la gasolinera del centro comercial y al poco entró en conflicto con los civiles que trataban de echar gasolina sin éxito. Nuestra pareja subió el talud y se orilló en la carretera y vieron los terribles sucesos. Los soldados pronto agredieron a los civiles. El aspecto de unos y otros era similar, gente abrasada por la radiación, poco protegida y que se dirigían al norte buscando ayuda. Sonaron disparos, resulta que el oficial al mando disparó a la caja

automática que supuestamente controlaba los surtidores, pero el problema es que no había corriente eléctrica por lo que la bomba de dentro del surtidor no funcionaba y no subía el combustible. Al oírse los disparos los soldados se creyeron atacados y abrieron fuego a discreción.

Cuando quedaron solos en los surtidores, la tropa trató de abrir las tapaderas de los depósitos subterráneos. Nuestra pareja se dio cuenta de que la tropa, combustible no tenía pero botellas de alcohol sí. Estaban todos borrachos. Finalmente encontraron la llave tipo T que abría las tapas. Un imbécil intentó alumbrar el interior del depósito con una gran linterna militar, la pequeña chispa insignificante que las pilas hacían al contactar bastó para que los vapores de la gasolina prendieran como un volcán. Nuestros protagonistas se bajaron a la cuneta y allí esperaron a que todo sucediera sin menoscabo. La explosión fue tremenda y eso que sólo explotó un depósito gracias a las medidas de seguridad de estos sitios. Para la tropa fue el final, todos murieron y de los civiles algunos se salvaron porque habían huido de los disparos. El señor Blacksmith y la doctora Martínez, salieron indemnes, y sin esperar a que el fuego amainase, arrastraron su carrito de súper con toldo y salieron pitando para el norte. Tardaron varios kilómetros en hablar.

—Esto va a ser todo así —dijo el señor Blacksmith.

—Seguro que encontramos un sitio con personal organizado —dijo ella.

— ¿Y no miramos la farmacia, a ver si hay pastillas de yodo?

La doctora dudó.

—Bueno pero vamos los dos.

Escondieron a conciencia el carrito, cogieron una mochila y el señor Blacksmith cogió las lanzas camufladas de bastón, pero la doctora no la quiso.

El escenario era inimaginable. Todo ardía alrededor de la gasolinera, y tampoco quisieron mirar, huyeron del humo, y como conocían el lugar, buscaron la entrada norte y dando un rodeo entraron pues la puerta estaba abierta. Dentro no había luz y el olor era espantoso. Miles y miles de mercancías pudriéndose y todos los estantes revueltos y medio vacíos. Había algunas personas moviéndose agitadas con paquetes y botellas de agua en los

brazos que no hacían caso a nadie. Algunos los miraron sorprendidos de sus atuendos y los huían pues daban miedo. El señor Blacksmith quitó la funda de su lanza y la cogió como si fuera un fusil terciado. Sabían el camino a la farmacia pero cuando llegaron había mucha gente, sorprendentemente un vigilante de la empresa había organizado revolver en mano una cola para recibir medicinas. Una ayudante de farmacia dispensaba las medicinas apuntando en una libreta el nombre del paciente y el producto. Era una escena imposible de imaginar en aquella locura, pero allí estaba aquellos honorables ciudadanos haciendo su trabajo en el fin del mundo.

—Lo ves —dijo la doctora que además conocía a la farmacéutica.

El vigilante los dejó pasar y la doctora se quitó el poncho de plástico, la ropa del falso ABQ y se puso a ayudar. Un diagnóstico somero y previo y la supervisión de las medicinas que se entregaban. La cola era rebelde, se movía como una cascabel, avanzaba retrocedía, gritos, llantos, ayudas, pero el vigilante que llevaba desde la mañana temprano ordenando el caos con un revolver del 38 no se amilanaba. Hizo amenaza de disparar al aire un par de veces pero no fue necesario, En la cola reinaba la debilidad, la enfermedad y las desesperación. La farmacéutica encargó al señor Blacksmith que recogiera todos los medicamentos que pudiera de la sala del robot, que naturalmente no funcionaba.

Un señor maduro que tenía muy mal aspecto se acercó para decir que era médico y que quería ayudar. La doctora le preguntó su especialidad. Era internista. Bueno pues ponte a la derecha que te voy a pasar a los que tengan alguna probabilidad de sobrevivir. Pero el internista no hizo caso y se fue al almacén y llenó una bolsa de medicinas y se marchó sin decir esta noca es mía.

— ¡Cerdo! —dijo el vigilante. Y echó mano a la culata del arma.

—Olvídalo —le pidió la doctora.

El vigilante se llamaba Toño y la doctora Marita. La doctora le dijo al vigilante que quizá deberían enfocar esto de otra manera: Hay que crear un punto de atención, estamos desperdiciando las medicinas. Hay que escoger voluntarios y que traigan colchones, sábanas y mantas de la sección de lencería que está afortunadamente cerca.

Toño dio dos palmadas para que la gente prestara atención. Les pidió a los jóvenes que se acercaran a la sección de lencería, y la señaló. Traigan todos los colchones que puedan y también almohadas y sábanas y mantas. De los voluntarios separó a cuatro que le ofrecieron más confianza y les dijo que iban a ser sus auxiliares. Hay que buscar mesas, sillas, armaritos y todo lo que sea susceptible de formar un corralito que impida el paso a la gente excepto por una entrada controlada que vamos a montar.

La doctora organizó aquella extraña consulta probablemente el primer improvisado ambulatorio de toda aquella zona arrasada por la Guerra Nuclear. Primero balsamos y cremas para las quemaduras más leves, vendas para las heridas, calmantes para los dolores, antibióticos para las infecciones que ya se presentaban en la piel. Después mandó cerrar el almacén y le puso una mesa a la farmacéutica para que fuera la única que facilitaba las medicinas que ella le pidiera. El señor Blacksmith sería su ayudante. Los hombres de Toño hicieron un amplio fuerte con armaritos y mesas y distribuyeron los colchones con sus sábanas y almohadas. La doctora empezó a acostar y tratar a los que estaban peores. A los que tenían más posibilidades los sentaba en sillas y a cada uno se le dio algo de esperanza y un blíster de calmantes si lo necesitaba.

La doctora miró a su alrededor, iba vestida con un pijama que le había conseguido Toño en la sección de riesgos laborales y además con gorro, guantes y mascarilla. Y ya tenía dos ayudantes, vestidas igual, un poco malitas, que eran enfermeras diplomadas. Después llegó un cirujano, que lo era de verdad, y con material improvisado curó heridas y daños articulares de todo tipo. No había escayola, pero se apañó con férulas de pata de silla o mangos de utensilios bien vendadas con tiras de sábanas.

Se discutió con Toño distintas cuestiones. Primero seguridad. Evitar los saqueos. Luego, todos los recursos para el ambulatorio. Había que poner seguridad en las distintas secciones del Centro comercial. El asunto de agua y la comida era importante. La higiene, los retretes tenían que funcionar o habilitar otros aunque fueran más primitivos, el agua contaminada sólo se usaría para limpiar las letrinas por personal que llevara trajes de protección o confeccionados con bolsas de basura grandes.

Los hombres de Toño ya era una veintena y llevaban una cinta blanca en el brazo derecho y una porra que se habían fabricado de patas de silla. Toño los dividió en funciones, tú y tú, cocina, tú y tu, provisiones, tú y tú, letrinas y tú y tú puertas de entrada.

Calló la noche y la doctora convocó una reunión alumbrada con faroles de la sección de caza. Se hizo un inventario de necesidades, otro de existencias, un protocolo de seguridad, Se fichó a dos pinches de cocina para que en la sección de panadería se pusieran a improvisar menús para la dotación del ambulatorio, a estos efectos se habían repartido brazaletes que hizo Toño con un sello de su empresa de seguridad que solo tenía él. A los farsantes que pronto surgieron se les expulsó.

Toño propuso declarar la zona comercial zona reservada y no dejar entrar a nadie sin pasar por la puerta de clasificación. De hecho el vigilante ya había atrancado todas las entradas al Centro comercial excepto la norte, la más alejada de la catástrofe de la gasolinera. Para la mañana siguiente propuso cavar fosas en el exterior pues habían aparecido cadáveres por algunas partes. Este Toño era un fenómeno organizando.

Al tercer día, la doctora tomó varias decisiones trascendentales, las quemaduras de primer grado serían tratadas con miel líquida y con cremas tipo after sun y no se les daría cama, es decir colchón. Las de segundo grado recibirían los medicamentos para el caso mientras los hubiera y las de tercer grado sólo calmantes. Era evidente que el problema de falta de medicamentos se iba a producir en breves fechas. Se usaban vendas de sabanas recién salidas de los paquetes de venta. Hervir el agua contaminada lo que hacía era extender la contaminación al exterior y sólo se hacía en determinados casos. El hecho de dar de comer solamente a los pacientes y a los empleados del ambulatorio registrados por el vigilante enfadaba a las personas que dormían fuera del centro comercial y se produjeron varios incidentes que los hombres de Toño resolvieron expeditivamente, bien es verdad que sobre gente enferma y debilitada.

La doctora Martínez, líder moral del improvisado ambulatorio, disponía ya de cuatro médicos y seis enfermeras que se ofrecieron voluntarias. Algunas gentes decían que eran enchufados que querían comer. A este respecto, el señor Blacksmith había hecho varios viajes al escondite donde tenía el carrito de súper y cargó la mochila de algunas provisiones

con la intención de usarlas solo para la doctora y él. Pero no tuvo valor y las entregó en la cocina. Las pinches hacían una sopa general en un gran cacerolo donde echaban todo lo que encontraban en el centro, o como en el caso del señor Blacksmith varios táperes con comida guisada descongelada, y algunos productos frescos un poco ajados. Daba igual, la sopa general, a la que llamaban rancho era el acto de supervivencia más importante para mantener activos a los miembros del Comité de Salud Pública que presidía la doctora Martínez y cuyo secretario era Toño. Casi 50 personas componían ya la plantilla del ambulatorio provisional que ya contaba con tres servicios, admisión, trauma y quemados. La seguridad se volvió aceptable y permitía trabajar con cierta tranquilidad. Si Toño o alguno de sus hombres de confianza pillaban a alguien empleado robando, le quitaban el brazalete sellado y le expulsaban.

El señor Blacksmith dejó su lanza escondida y sus ropas de exterior en un cuartucho de eacobas que había encontrado y cerrado con llave y que pasaba muy desapercibido. Dejó su empleo de ayudante de farmacia y se puso a trabajar en la cocina donde oficiaban ya cuatro personas en la confección del rancho. Además de esta sopa se cocinaba otra olla con una carga mayor de proteínas que solo se administraba a los pacientes indicados por los médicos. Una de las mejores medidas que tomo Toño además de cavar fosas fue cavar una trinchera grande donde se arrojaron los alimentos podridos de las tiendas de carnicería y pescadería que eran un peligro y daban muy mal olor y también materiales contaminados, como ropas y plásticos.

En ese aspecto la situación en el centro había mejorado mucho y reinaba un cierto optimismo por la buena organización, y por la esperanza en la pronta llegada de ayuda y el restablecimiento de las comunicaciones. En la sección de electrónica algunos expertos habían conseguido comunicar con radioaficionados que informaban de la situación mundial por onda corta. Los informes eran técnicos sobre la situación climática y de la radiación en sus lugares de residencia. En todo el mundo eran dramáticos. Políticamente toda organización policial o judicial había desaparecido. En algunos lugares los militares habían tomado el poder y controlaban los pocos recursos, a base de leyes marciales que significaban fusilamientos generalizados y verdaderas guerras civiles locales contra bandas

organizadas. Lo que todos tenían en común era el general padecimiento de la enfermedad radiactiva en distintos grados y la baja esperanza de vida de todos los humanos.

Los radioaficionados valoraban la posibilidad de que la sociedad humana desapareciera en unos meses a medida que la radiación se desplegaba por ambos hemisferios afectando a zonas no atomizadas. Además y tal como se había producido el ataque generalizado de una parte a otra y sin previo aviso había pillado a los ricachos fueran de su búnkeres y la habían palmado como todo el mundo. Corría una teoría que acusaba a Rusia del ataque por sorpresa. Se decía que un misil ucraniano había caído sobre el Kremlin cuando estaba reunido el gobierno de la Federación matando a todos ellos. Una hora después el Estado Mayor tomó el mando y ordenó contraatacar y calcinó Ucrania. Francia e Inglaterra cometieron el error de responder con unos 20 misiles balísticos nucleares contra las grandes ciudades rusas. Detectados, los militares rusos lanzaron la primera andanada contra toda la OTAN europea. Los americanos exigieron la rendición de Rusia o lanzarían todo su arsenal. Eso motivó una nueva andanada contra USA. Ambas andanadas estaban compuestas de misiles indetectables cuyos principales objetivos eran las redes de alerta temprana y los radares especializados. Después, los rusos lanzaron sus armas anti satélites y el mundo quedó sin comunicaciones, minutos antes de que los misiles americanos llegaran, los rusos lanzaron entonces la segunda andanada, misiles balísticos clásicos que ya no iban a ser derribados por la defección de las defensas aéreas europeas y americanas. Todo el hemisferio norte y parte del sur estaba bajo los efectos de la guerra atómica y dos semanas del inicio del conflicto la radiación, los gigantescos incendios, las nubes de ceniza y polvo radiactivo afectaban a todo el planeta. La propia cuenca del Pacífico estaba siendo ya afectada catastróficamente.

Al centro comercial donde trabajaban nuestros protagonistas no llegaba ninguna ayuda, ni camiones del ejército ni fuerzas de orden público, ni helicópteros ni ambulancias. Nada. En la reunión de la noche, Toño propuso crear una fuerza de tareas con una vieja ambulancia para requisar todo tipo de recursos en las urbanizaciones cercanas, de un pueblo también cercano y otro gran centro comercial a unos 15 kilómetros.

–Pero eso sería quitarle recursos a mucha gente. No se dejaran –dijo el señor Blacksmith.

El comité de Salud decidió aceptar la idea.

S.B.H.A.C.

La autoridad competente.

A las tres semanas la situación era crítica. Los muertos se contaban por centenares y muy poca gente se sobrevivía si estaba afectado de importancia. Las altas eran pocas y los exitus muchos. La doctora tenía muy mal aspecto, como todos, se les caía el pelo, tenían costras, herpes, toses de muy mal sonar, inflaciones en las articulaciones y otras muchas dolencias. Los huecos en la dentadura eran la moda de la semana. La doctora repartió pastillas de complejos vitamínicos entre el personal hasta que se acabaron. Las pastillas de yodo duraron una semana. El señor Blacksmith se rapó la cabeza con una maquinilla de pilas. Lo que no era ajeno a las idas y venidas que hacía al escondite de su carrito de super, hasta la presente sin levantar sospechas. Lo que si notaba el señor Blacksmith es un cansancio infinito que obligaba a tener un control igual de infinito para no arrojarse en el primer colchón libre y dormir un poco. Pero era mentira, no te levantabas repuesto. Todo lo contrario, costaba horas poner en marcha el cuerpo.

El optimismo había desaparecido. El personal estaba agotado y costaba diferenciar pacientes de sanadores. Los Hombres de Toño pese a su secreta mejor alimentación también daban pena. Las razias que habían protagonizado por las cercanías habían salido realmente mal. Poco y malo había sido lo que habían encontrado, y encima algunos de los hombres se habían dedicado al pillaje se habían vuelto violentos armados de cuchillos, garrotes y lanzas de fortuna. Toño, que era un tipo bragado no lo dudó. Los mató de certeros disparos gastando la poca munición que quedaba. A su vuelta informó, entregó lo poco encontrado y no se molestó en buscar más personal de seguridad.

Fue entonces cuando ocurrió. Se oyeron voces y gritos en la entrada y gente que salía corriendo. Una tropa de uniformados, penosamente uniformados, diría yo, algunos con trajes EPI, y al mando de una oficial médico entraron en el recinto exigiendo hablar con los responsables del ambulatorio provisional. La doctora y otros sanitarios se acercaron al oír los gritos. La capitana médica informó que provenía de una Hospital Militar de Campaña montado a unos diez kilómetros y que se hacía cargo de labores de ayuda y salvaguarda de los afectados por la catástrofe nuclear. Informó que el centro quedaba clausurado, sus

recursos requisados por orden de la autoridad militar y todos los pacientes debían ser trasladados al citado Hospital de campaña.

Los soldados comenzaron a rapiñar las medicinas, la comida y el agua que quedaba en el centro. Toño intentó frenarlos pero le metieron un subfusil en la barriga. Ante el lamentable espectáculo, la doctora Martínez se quejó.

—Esto es un saqueo. Pueden ustedes clausurar el centro pero no pueden dejarnos sin sustento y medicinas que no son suyas. No tiene derecho.

—Sí lo tengo —respondió la capitana médico— Y en cualquier caso puede presentar una reclamación en la comandancia.

El señor Blacksmith se enfadó de veras y les dijo cuatro verdades a los soldados de la sanidad militar. Pero no se inmutaron. Uno de ellos le amenazó con arrestarle si no se callaban. EL señor Blacksmith se calló y se quitó discretamente del medio yendo a su almacén secreto y llenando su mochila de provisiones y agua. Cogió su lanza camuflada y cogió del brazo a su mujer para retirarse de la vista.

La capitana estaba diciendo que nadie se preocupase, que camiones del ejército vendrían a por todos para trasladarlos al centro de refugiados donde serían clasificados y ayudados. Pero viendo sus desastrosos uniformes y los vehículos en los que habían venido nadie se la creyó. Pero la gente estaba demasiado débil para protestar, y la mayoría del personal ni siquiera tuvo el instinto de buscar agua embotellada y provisiones. La gente que había mantenido activo el Ambulatorio Provisional durante 20 días contempló desolada como un grupo uniformado que decía ser la autoridad competente les saqueaba impunemente y algunos soldados con todo descaro abrían las latas de conserva de la reserva de la cocina y comían con fruición sin que a la capitana médica se le moviera un músculo. Como nadie controlaba ya la entrada, gentes que sobrevivían a las afueras del centro abordó el lugar y se unió al saqueo de todo lo que pillaban.

—Eso es lo que usted ha conseguido, el saqueo de las provisiones el agua y las medicinas. Son ustedes saqueadores, y la autoridad militar si es que existe debería juzgarles.

La capitana se encogió de hombros y viendo el caos que se estaba formando, mando a sus hombres retirarse con todos los bienes saqueados y se subieron a sus vehículos y se marcharon. Fue entonces cuando mataron a Toño, dos saqueadores le atacaron por la espalda con grandes cuchillos y ya en el suelo le quitaron el revólver y apuntaron a todo el mundo. Intentaron hacer un disparo contra un espectro agresivo pero resulta que Toño había gastado todas sus balas. La doctora Martínez se acercó al caído vigilante con intención de ayudarle, pero solo le vio los ojos asustados antes de morir y la sonrisa mellada del infortunado héroe apocalíptico.

El señor Blacksmith no esperó más cogió del brazo a su mujer y se la llevó a su almacén secreto donde aún guardaba la ropas del ABQ casero, las lanzas, la mochila llena de agua y provisiones. Se cambiaron y salieron discretamente entre el gentío de espectros gimientes a días, horas, minutos de su muerte. Cuando llegaron al escondite, bebieron agua, tomaron unos sobros de rancho que el señor Blacksmith había birlado y empujando el carrito se pusieron en marcha rumbo a casa. La doctora Martínez no se quejó estaba muy afectada por lo que había visto y guardaba un señalado silencio.

La lluvia radiactiva había cesado, pero los campos estaban teñidos de un polvo gris a semejanza de las poblaciones cercanas a las grandes cementeras. EL señor Blacksmith hizo un recuento mental de las provisiones, agua y otros recursos que les quedaban. Si los administraban bien y si su enfermedad radiactiva se comportaba moderadamente como parecía, y ese mérito se lo adjudicaba a la carbonera, se abrían esperanzas de supervivencia.

La ruta al sur que les llevaría a casa, uno 15 kilómetros se hacía muy larga y la carretera era un sinfín de vehículos quemados, saqueados y parados. Perros asilvestrados husmeaban por las cunetas pues probablemente se comían los restos humanos. Algo que los canes no podían evitar pero que les llevaba a la muerte a los pocos días.

—Fastidiaros malditos —musitó el señor Blacksmith.

Un par de kilómetros más allá, la doctora Martínez dijo estar agotada, así que su marido la sentó en la silla que iba atada al carrito, la abrigó con mantas pues pese a ser verano el frío era patente. El señor Blacksmith sacó fuerzas de flaqueza y empujo el carrito

casi al borde de su resistencia. Le dieron ganas de tirar cosas, pero su instinto le decía que nada era superfluo en aquella tesitura. No se veían seres humanos vivos, ni heridos, pero si cuerpos en descomposición. El señor Blacksmith, aun exhausto, no se detenía ni un momento, iba muy despacio pero mantenía la marcha. Llevarían unos cinco kilómetros cuando viendo un recodo muy protegido de las miradas, se apartó de la carretera, puso las sillas de playa y sentó a su mujer. Después sacó en infiernillo y calentó una sopa condensada de tomate, su preferida y abrió una de lata albóndigas de ternera. Un banquete. Una naranja medio pocha sirvió de postre. Después se sentó en la otra silla de playa y desenfundando la funda de su lanza, se la puso cruzada y trató de cerrar los ojos y descansar.

Cayó la noche, aquella noche de la era atómica iluminada por los no muy lejanos incendios permanentes, de bosques no tan lejanos o de ciudades atomizadas tampoco muy lejanas. Aquella noche no tenía nada de silenciosa. Aullidos animales, disparos parecían oírse, ruidos ignotos, hasta rugidos de fieras creía oír nuestro hombre. Y aun así durante varios ratos se durmió todo lo plácidamente que se puede dormir cuando estas enfermo, tienes grandes miedos y no quieres quitarle el ojo a tu esposa.

Cuando amaneció, calentó leche en polvo con un poco de agua de la reserva y añadió unas cucharadas de un café instantáneo, dos galletas completaron el desayuno y un trago de agua reglamentario para cepillar los dientes.

Le preguntó a la doctora cómo estaba. Dijo que bien pero muy cansada. Volvieron a la carretera después de recoger lentamente todas sus pertenencias y mandó sentarse a la doctora, calculaba que les debían quedar unos seis kilómetros para llegar a la casa.

Iba cantando la marcha como un soldado, uno, dos, hep, haro, que aprendió en la mili. Lentamente pero sin parar avanzó sinuosamente por la carretera evitando escenas desagradables y no vio perros ni seres humanos. El sol apenas destacaba bajo la teñida atmosfera y aquel día de verano resultaba frío y extravagante en su color. Muchas plantas se habían muerto en las cunetas cubiertas de ceniza venenosa que les imposibilitaba la respiración vegetal. No se oían pájaros pero tampoco vio restos de aves. Oyó explosiones lejanas, probablemente sitios y almacenes con productos químicos alcanzados por el fuego

imparable. Y tuvo miedo a verse metidos en un incendio de estos. Afortunadamente sus casa estaba en la ladera de una montaña no boscosa donde pastaban vacas y ovejas hasta la presente.

Al rato le pareció oír un relincho. Sí, un relincho. Se quitó las gafas de sol para intentar ver mejor, y lo vio, como a cien metros había una animal en medio de la carretera todavía atado a un carro de ruedas de madera. Sin duda un gran caballo tipo percherón.

S. B. H. A. C.

Caballito.

El caballo se mantenía tranquilo y no se espantó cuando llegaron a su vera. Estaba enganchado a un carro de ruedas al estilo de los que se ven en las películas. Alguien de alguna granja lo había uncido al carro y probablemente había montado a su familia con intención de ir al norte. Los dueños del carro no estaban lejos, un poco más allá de la cuneta entre algunas zarzas grises y un pino carrasco enfermizo se hallaban acampados y muertos los dueños del carro. Su aspecto era horroroso, un padre, una madre y un niño. La enfermedad radiactiva les había devorado al completo, sus cabelleras, sus rostros llagados, sus manos rasgadas. Habían recibido dosis muy altas. Se alejaron de allí y volvieron al caballo, que también presentaba heridas, quemaduras y síntomas de radiación. La doctora Martínez le dio un poco de agua saludable. En el carro había sacos de cereales, pero era tontería usarlos, pues estarían altamente contaminados dado el aspecto de sus dueños. Por ello el señor Blacksmith se compadeció del animal y en una bolsa le dio una cantidad apreciable de muesli que llevaban en las provisiones. El caballo lo agradeció y se lo comió todo. La doctora Martínez viendo sus quemaduras de primer grado, se puso unos guantes desechables y le dio una crema como un bálsamo para sus dolores.

Después, discutieron qué hacer con el animal. Es el único ser vivo que habían encontrado en el viaje de retorno a casa.

—Sí. No tenemos comida para caballos, pero no creo que eso importe, está bastante afectado y no creo que dure mucho. Y pese a que es muy fuerte no aguantara. Quitémosle al menos las cinchas, que pueda ir donde quiera. —Dijo el señor Blacksmith.

Así lo hicieron y el animal tras relinchar de alivio y mover la cabeza no se movió del sitio.

Blacksmith lo cogió de las bridas y tiró. El caballo le siguió.

— ¡Vaya! —exclamó—. Nos lo llevamos.

Así que ató las bridas al carro guardó las cinchas en el carrito y siguieron camino. El caballo se acopló a la marcha y lo hizo sin ninguna reserva.

– ¡Vaya, vaya, con el caballito –se admiró el señor Blacksmith

Un par de horas después, la doctora se sintió fatigada y se sentó en la silla delantera. Para su marido, empujar el carro por la carretera, sobre todo con tantos obstáculos también se volvió muy fatigoso. Viendo al caballo que marchaba aparentemente sin esfuerzo, se le ocurrió ponerle las cinchas y atarlas al carrito a ver si funcionaba. Una vez hecho, más mal que bien pero todo atado, cogió las riendas poniéndose al lado de su mujer sentada y le dio orden al caballo ondulando las riendas. El percherón se puso en marcha con paso suave y el tándem funcionó perfectamente. ¡Menudo fichaje! Se dijo Blacksmith.

Entonces le dio un golpecito a las riendas, y el caballo aceleró un poco. Sí que estaba entrenado en el tiro. La marcha se hizo hasta agradable y a media tarde y sin haber parado llegaron a la puerta de su casa. No parecía muy deteriorada salvo algunas ventanas del segundo piso. El portón de corredera no abría, pero Blacksmith, que en el fondo era un obseso de la seguridad, buscó las llaves que había guardado en una talega y lo abrió manualmente. Todo estaba allí, el coche, el cobertizo, los aperos, los árboles frutales, los cultivos, las plantas y flores y sobre todo el césped. Todo estaba allí pero cubierto de ceniza gris negruzca.

El señor Blacksmith se había agenciado en la sección de electrónica de una especie de polímetro que también medía a pilas la radiación. Estaban a 120 rem lo que después de lo que había pasado le parecía una buena noticia. En el centro comercial registró 150 rem. Lo peor había pasado. Con protección y desechando tras usarlos los ponchos hechos con bolsas de plástico grandes, podrían aguantar y hacer salidas con el coche si funcionaba, o con el carrito y el caballo. Era un momento de esperanza. Ayudó a subir al primer piso a su mujer, nada de carboneras insalubres, y tras quitarle las capas de ropa y ponerle un camisón limpio la acostó dejando un vaso de agua saludable en la mesilla. Quedó rápidamente dormida.

Se llevó las ropas contaminadas para tirarlas a una zanja que pensaba cavar en cuanto desenganchara al caballo y desocupara el carrito metiéndolo todo en casa. Apaño un poco el cobertizo para que hiciera de cuadra esparciendo una bala de paja para el suelo. La paja la solía usar para proteger el suelo de los cultivos de huerta. No había mucha pero le

serviría para tener un suelo agradable y como le puso un barreño con mas paja quizá comería algo.

Le quitó todos los correaes al animal y le cerró la puerta del cobertizo que era una puerta de media altura de modo que el caballo veía el exterior.

En la cocina y tras haber subido el contenido del carrito se sentó pues se encontró mareado por el ejercicio. Al ir al servicio se miró al espejo y tembló de miedo. Tiró de la cadena sin mirar, no se atrevió. La cisterna funcionó pero no se llenó de nuevo. No había agua, ni buena ni mala. Tampoco había luz. Tras descansar un rato levanto con esfuerzo la cubierta de madera de la cocina económica, de esas de carbón con fogones de arandelas. La inspeccionó bien, y tras abrir la puerta del hogar, que estaba limpia, metió unos periódicos y los prendió junto con astillitas que quedaban en la carbonera. Al rato y tras un poco de humo vio que tiraba bien y añadió carbón prensado que tiene forma de huevo y que los comerciantes llaman briquetas. La cocina funcionaba estupendamente. Bajo a la puerta de la carbonera y subió con gran esfuerzo la caja de madera donde metió las astillas y el carbón de cuando la limpiaron.

Luego buscó una gran perola, y la llenó con las aguas de todas las cisternas que aun la tenían. Cuatro o cinco litros. Valoró si debía hervirlo por la cuestión de que al hervir agua contaminada la radiación que tuviera el agua se expande al entorno. Acercó el geiger al agua y el panel digital marcó lo mismo que en el resto de la casa. No se si estoy haciendo una tontería, se dijo. Pero quitó dos arandelas y puso la olla a hervir.

Se quedó medio dormido y le despertó el ruido del agua borboteando y rebosando la perola. Retiró la olla y la tapó. Después dejó que la cocina se apagara no sin antes hacer un buen puchero de café que molió con un molinillo de manivela. Se bebió un buen tazón y tras dejar todo colocado en su sitio, otra de sus manías, se fue al dormitorio y se tumbo al lado de su mujer. Pero no se durmió, el café se lo impidió. Lo que no impidió es que meditara largamente sobre las posibilidades que tenían dos jubilados de sobrevivir al apocalipsis. Mientras no venga nadie a saquear, aguantaremos sentenció.

Estaba tan nervioso y daba tantas vueltas que se levantó y decidió ir al pueblo. Era media tarde y tenia una caminata de unos cinco kilómetros. Se acercó al caballo. El animal

había defecado unas heces sanguinolentas. Le retiró la paja manchada y la echó a la zanja de desperdicios contaminados y después echó tierra profunda. Dejó una nota para su mujer por si se despertaba: “He ido al pueblo. Hay café de puchero en la cocina. Besos. Ah, los váteres no funcionan, usa el caldero que he puesto en el baño principal”.

Al pueblo había una parte cuesta bajo pero la entrada era cuesta arriba. Llegó resoplando. El silencio cubría toda la colina pero se oía a lo lejos un grupo electrógeno. En la primera casa habían puesto una sombrilla y una silla de enea. Sentado estaba el hijo del dueño del almacén de productos para el campo, Juanito, un estudiante de agricultura, con una escopeta terciada.

—Señor Blacksmith —dijo el joven ferretero— Sobrevivió usted...

Se hizo un poco el doliente.

—Si estamos vivos los dos aunque con un cuerpo horroroso...

—Así estamos todos —respondió el joven.

Y era verdad, el joven tenía unas hermosas llagas en las manos y en la cara. Esas las visibles. El joven no llevaba protección ni ropas que le cubrieran. Y miro con sorpresa el poncho de plástico del señor Blacksmith. Quien le explicó que venía buscando algo de agua y comida saludables pues no comían desde hacia dos días. Era mentira, pero como había perdido tanto peso y con la carita demacrada y con lesiones pasaba por palabrita del niño Jesús.

El joven propuso ir a la tienda-taberna a ver si le vendían algo. Era una frase figurativa pues el dinero no valía nada. Pero el previsor Blacksmith se había metido en la mochila una botella de anís del mono, que gustaba mucho por la zona.

El joven pegó una voz y salió su hermano menor, también con ropas normales. Le dio la escopeta al adolescente. Si pasa algo pega un tiro al aire. Así estaban las cosas. El pueblo estaba muy perjudicado pues situado en la cima de una pequeña colina no tenía mucha protección. Se trataba de un pueblín de casas blancas muy pequeño, de unas veinte casas. Algunas estaban mejor que otras y los industriosos habitantes estaban reparando como podían. Parece que la bomba les había pillado con la calor, es decir en casa durmiendo la

siesta y por ello habían tenido cierta suerte, sobre todo los prudentes que se habían quedado en casa varios días. En el pueblo no había ayuntamiento, ni pedanía, ni guardias, ni consultorio. Apenas 40 habitantes dedicados a la agricultura, el ganado y la artesanía para turistas. Hemos enterrado ya a 12 vecinos, dijo el joven y tenemos otros tantos muy enfermos. Su mujer podría venir a echarnos una mano, los hemos puesto a todos en la iglesia.

—Claro que sí, está enferma como todos pero volveré con ella y haremos lo que podamos.

Y añadió:

—Oye Juanito, cuando salgáis a la calle tenéis que protegeros, con lo que sea. Bolsas de basura está bien. Luego las tiráis en una zanja y las tapáis con tierra sacada del fondo.

—Sí, se habló de eso, pero la gente enfermó tan pronto que ya sabe usted, señor Blacksmith, el fatalismo rural.

En la taberna tienda había varias personas, todas afectadas por la enfermedad que saludaron a los recién llegados. El señor Blacksmith puso la botella de anís sobre el mostrador: podéis darnos algunas provisiones sanas o agua buena a cambio del anís, dijo.

—Guarde la botella, si su mujer va a venir ayudarnos nos consideramos pagados —le respondió Juanito.

Parece que el joven Juanito había tomado el mando del pueblo. Como jóvenes había pocos, la población estaba muy envejecida, ejercía de autoridad. Le invitó a sentarse y puso unos vasos para el anís que abrieron. Una copita dijo. Pero al cabo, la botella estaba lista de papeles. Entre los siete presentes se la ventilaron. El tendero trajo dos quesos de cabra, un chorizo y un morcón, más un trozo de pan de hogaza y unas patatas y cebollas. Al señor Blacksmith se le abrieron los ojos sin disimulo. Lo metió todo en la mochila.

—En cuanto al agua, no hay, y la que usamos es la del pozo viejo que hemos abierto, como esta primavera llovió, esta casi lleno, pero no sabemos si es sana.

—Podemos mirarlo, tengo un contador para la radiactividad.

Juanito estuvo de acuerdo aunque le daba miedo medir el agua. Mira que si estamos bebiendo agua mala.

El pozo se encontraba a las afueras protegido por un techado y un farallón terrosos. En la boca sacaron un balde lleno y acercaron el contador. Había incluso menos rem que en casa del señor Blacksmith. Sólo 90. Hombre, no será la mejor agua el mundo, pero si no hay otra..., dijo el señor Blacksmith.

Juanito echó el agua en una garrafa de plástico de las muchas que había allí y se la dio. No se preocupe están limpias, le aseguró.

–Bueno, Juanito, muchas gracias por todo, mañana vendremos por aquí.

–No se preocupe, mañana temprano me paso por su casa con un coche que tenemos y que funciona y le llevaré más agua y hasta algún tomate.

Se disculpó por no poder llevarle ahora, pues tenía que ir a dar de comer a sus padres que estaban enfermos y en cama.

El señor Blacksmith llegó hecho polvo de la caminata pero muy contento de tener tan ricas provisiones. El problema para los quesos y embutidos es que ya no le quedaban antiácidos.

Visitó al caballo que estaba tranquilo y había vuelto a deponer igual que antes. Lo limpió y le puso más paja y le dio lo que quedaba del muesli que al caballo le encantaba. Parece que conservaba bien los dientes.

Subió a la cocina y guardó las provisiones. Fue al dormitorio, donde al parecer la doctora se había despertado, había leído la nota pero no probó el café volviendo a dormirse. Respiraba con plenitud.

Bajo a la cocina, la encendió y guisó patatas con chorizo para cenar. Se frotó las manos de contento. Una cena caliente como Dios manda. Estos campesinos serán los supervivientes de este mundo destruido.

Volvió a pasarle el geiger al agua del pueblo y ahora marcaba 100 rem. Por lo que sea en la casa había un poco más de radiactividad. A lo mejor tenemos que mudarnos. En cualquier caso usaremos el agua del pueblo para las cisternas.

¡Saqueadores!

La doctora se despertó para la cena y comió con ganas. Se tomó un café de puchero y se sentó en el sofá frente a la tele apagada. Con la linterna se puso a leer. Blacksmith abrió una rendija de la ventana tapada con tablones claveteaos y cartones y miró al paisaje completamente oscuro pero donde no muy lejos se veían un par de luces parpadeantes, de seguro, hogueras. Lo que le intranquilizó mucho. Tengo que pedirle una escopeta a Juanito. O quizá deberíamos trasladarnos.

Mientras su mujer leía se puso la ropa de protección y subió al piso de arriba, donde tenían mejor visión. Miró en todas direcciones y confirmó que sólo se veían dos hogueras hacía la carretera por donde habían vuelto del centro comercial. Supuso que serían los militares que habían saqueado el ambulatorio. ¡Malditos saqueadores!

Se quedaron dormidos en el sofá y se fueron a la cama muy tarde. Se oían aullidos de perros.

Les despertó la bocina del coche de Juanito. Le mandaron pasar y desayunó con ellos café con las últimas galletas. Se había confeccionado un poncho con una bolsa de basura que sólo le cubría hasta las rodillas pero se había puesto una capucha en la cabeza y una mascarilla medica, Lo dejó todo a la entrada. La doctora recogió las medicinas que tenían, vendas y algunas cosas que su marido había conseguido salvar del ambulatorio. Ambos jubilados se pusieron sus engorrosos trajes ABQ y montaron en el R-5 de Juanito.

Blacksmith le comentó al joven que había visto hogueras por la noche y le contó parte de lo sucedido en el centro comercial. Quizá sean los mismos saqueadores.

—Bueno tenemos algunas escopetas y buena provisión de cartuchos, si vienen los recibiremos como se merecen estos tipos despreciables.

—Ya me podías prestar una escopeta para tener en casa.

—Sí, seguro que alguien te la cede, de algún cazador fallecido, quizá.

Los habitantes del pueblo en mejor forma salieron a recibir a la doctora y la llevaron a la Iglesia. A la doctora no le pareció mal lo que habían hecho trayendo camas de sus casas.

Unas chicas jóvenes se habían ocupado de los enfermos, de darles agua y comida y vendarles las llagas.

La doctora se puso al trabajo, pidió a todos que se trajeran todas las medicinas que hubiera salvo las de los crónicos. Encargó a una de las chicas que separar las medicinas por nombres, que las pusiera en una mesa y no se las diera a nadie salvo con permiso su permiso.

Como siempre estableció categorías en los pacientes y reservó las medicinas para los que tenían mejor pronóstico y al resto solo calmantes. El señor Blacksmith observó que la iglesia tenía aun menos radiación que el pozo viejo. 80 rem. Se lo iba a comentar a Juanito cuando se oyó un tiro de escopeta.

—Algo pasa —dijo—. Es mi hermano Paco.

En ese momento se oyeron ráfagas de subfusil.

— ¡Id a por las escopetas! —Mandó a los vecinos—. Nos vemos en la casa de Tomás.

Juanito junto con otros dos paisanos y Blacksmith corrieron en ayuda del hermano menor. En un portal Juanito le pidió a la vecina las escopetas de su marido, que había fallecido, y cartuchos. Le entregó una de las escopetas a uno de los vecinos. Blacksmith se quedó con las ganas. Estaba claro que como no era cazador no se fiaba de su puntería.

La mañana era luminosa dentro de lo que la luz mortecina del sol ofrecía. También era fresca y sucia. Los saqueadores al menos una veintena estaban entrando en la casa donde hacía guardia el hermano de Juanito que se encontraba inmóvil en el suelo. Iban uniformados, pero muchos ya llevaban protección de pasticos, anoraks y otras prendas. Les dirigía la misma capitana que en el centro comercial y habían bajado de vetustos vehículos requisados.

A una cierta distancia Juanito les conminó a marcharse y les dijo que en el pueblo había fuerzas de Orden Publico que habían sido avisadas. La respuesta fue una ráfaga que arrojó a todos al suelo primero y luego a carrera a las esquinas. Juanito dio las órdenes:

—No hay nada que hacer. Retrocedamos para juntar más gente y nos defenderemos desde las casas.

Así lo hicieron. En la plaza había un revuelo monumental. Al menos había una docena de escopeteros.

—Tienen armas automáticas —les explicó Juanito—, tenemos que actuar con mucha prudencia, defendiéndonos desde los tejados y las ventanas, donde podamos tirarles sin peligro y así tengan que pensárselo dos veces.

A Blacksmith le pareció bien. Pero dame una escopeta, le pidió a Juanito.

Pero Juanito estaba organizando la defensa. Un grupo para defender la Iglesia, otro apostado en la plaza, y otro a su mando en las casas donde empezaba la calle Mayor.

Los saqueadores no parecían tener prisa. Bebían de botellas de licor, excepto la capitana y cargaban todo lo que pillaban en un camión destartado. También disparaban al aire sus modernos subfusiles por pura diversión pese a que la capitana les amonestaba de palabra. Blacksmith se fue con Juanito y abrieron el balcón de una casa de piedra y lo protegieron con muebles apostándose con las escopetas. En la casa de enfrente lo mismo hicieron otros dos vecinos. Todos eran expertos cazadores y tenían buena puntería. Juanito tenía una escopeta semiautomática italiana a la que metían un fieltro para no poder cargar más de tres cartuchos. Así que con un punzón lo sacó y metió hasta cinco cartuchos del 12. Desde el balconcillo se podía a ver como a 50 metros a los saqueadores. Pero Juanito no les dejó disparar. Esperaremos a que se acerquen para tener blancos seguros.

—Tírale a la capitana, es la que lleva la gorra de plato —le aconsejó Blacksmith.

Los saqueadores, crecidos en su impunidad y pensando que los vecinos habían huido se lo tomaban con calma. Saquearon todas las casas a su paso y el botín era muy apreciable. Golpearon a un vecino y maltrataron a una chica con malas artes, aunque la capitana les reprendió con energía con la mano en la pistolera.

Como una hora después avanzaron para saquear otras casas y sin saber que estaban siendo observados arrancaron el camión y subieron renqueando la cuesta.

— ¡Ahora! —gritó Juanito.

Y los vecinos abrieron fuego con al menos cuatro escopetas. Antes de que pudieran reaccionar cayeron abatidos tres soldados y el conductor del camión quedó malherido pero

pudo saltar de la cabina. El camión sin frenos empezó a resbalar hacía atrás y los soldados huyeron a protegerse mientras la capitana gritaba no sanemos qué.

Los vecinos también gritaron alborozados, pero Juanito les pidió callar.

—Son militares, nos van a flanquear —dijo Blacksmith.

—No conocen el pueblo y nosotros sí. ¡Fulano! —dijo—. Vete a avisar a los de la plaza que se vayan para la cuesta de Ramón y hagan una barricada con un tractor.

—Este es el único camino por el que pueden subir, por el otro lado es un barranco impracticable —Añadió.

— ¡Zutano! —vete a mi casa y dile a la Josefa que te de mis prismáticos y me los traes, anda corre...

—Coño, Juanito, estás hecho un líder nato —le reconoció Blacksmith—. ¡Pero por todos los demonios, dame una escopeta! ¡Carajo!

—Zutano —Le dijo al vecino que ya se iba—. Que te de también la escopeta de mi padre y coge cartuchos.

— ¡Estupendo! Vamos a darles badana a estos cabrones —gritó el señor Blacksmith.

Blacksmith se dio cuenta que los soldados caídos no se movían por lo que estaban seguramente muertos, pero a su vera estaban sus armas y en el chaleco táctico llevaban seguro municiones.

—Es arriesgado, están apostados en el camión que había chocado contra una casa, y tienen buen tiro. Ellos no se pueden acercar y nosotros tampoco, quizá de noche —le corrigió Juanito.

—No me días que piensas que vamos a estar aquí de noche —le preguntó el señor Blacksmith.

—Yo lo haría.

— ¿Pero tú dónde has aprendido?

—Hice la mili en un regimiento de Intervención Inmediata y estuve en el Líbano donde los judíos nos metieron varios pepinazos.

–Jo... Estoy con un profesional –Y rieron.

–Hay dos que no se mueven y otros que le veo quejarse. Supongo que intentarán recogerlos –Dijo Juanito.

–Si funcionaran los móviles –se quejo Juanito.

–Oye –interrumpió el señor Blacksmith–, ¿no tenéis walkie-talkies?

–Quizá en la cabaña del forestal haya alguno, pero está lejos...

Entonces vieron maniobrar al camión de los saqueadores. Primero dio para adelante luego se alienó con la carretera y dio marcha atrás con la intención de probablemente marcharse con el botín.

–Tírale a las ruedas, Juanito –le pidieron los vecinos.

Juanito se levantó, apoyó la escopeta italiana en la barandilla y le metió cinco tiros seguidos, le pasó la escopeta a un vecino para que cargara y cogió la otra escopeta y le metió dos andanadas de perdigones del 12. Lo que averió fue el motor, que empezó a echar humo retrocediendo por inercia hasta volver a dar con una columna de un portal, donde paró.

–Tirad a discreción, no le dejéis coger el botín.

Pero la tropa de saqueadores también tiraba y uno de los vecinos recibió un impacto en el pecho. Mandó a Blacksmith y a otro vecino que llevaran al herido a la Iglesia con unas mantas como pudieron.

Desde el balcón, los cazadores salían al parapeto disparaban con peligro y volvían a meterse en la casa para recargar. Sólo Juanito tenía cinco tiros. Los soldados abrasaban la fachada pero no tenían mucha puntería. Los cazadores, sí, y otros dos soldados recibieron perdigonadas.

–Teníamos que haber cogido munición de jabalí –se quejó Juanito.

Pero entonces los soldados huyeron calle abajo y al llegar al final del pueblo, donde había un pequeño aparcamiento montaron en sus vehículos y se largaron.

Con mucha prevención Juanito y dos de los escopeteros de la otra casa avanzaron por la calle y llegaron hasta los soldados muertos y el herido. La verdad es que daban más pena que odio, completamente abrasados por la enfermedad radiactiva.

Recogieron las armas. Se trataban de dos fusiles de asalto HK G3 un modelo un poco atrasado que quizá usaban las fuerzas de segunda línea. Pero eso no lo sabían ellos, y se limitaron a cogerlos, además de los chalecos tácticos y la pistola que llevaba el herido, que era un sargento. No hablaba, tenía una buena perdigonada en la barriga que en su lamentable situación de afectado de la enfermedad radiactiva, seguro que terminaría por infectarse. Juanito les dijo a sus acompañantes que bajaran con mucho cuidado al camión y procedieran a devolver a los vecinos el botín. De hecho, los pocos vecinos afectados que podían andar aparecieron para recuperar sus provisiones y enseres, algunos de valor, como joyas y objetos de oro y plata.

– ¡Malditos saqueadores! –Era la consigna.

Pero Juanito dio otra consigna mucho más expeditiva:

–Hay que bloquear todas las entradas al pueblo. Traed el tractor con la pala que vamos a hacer unas buenas barricadas, en la calle Mayor y en la cuesta.

¡Qué tío, qué capacidad de organización!

Los escopeteros y los vecinos estaban exultantes. Nada como derrotar a tiros a unos criminales para levantar la moral tan decaída por la catástrofe y la enfermedad.

Esto es el final, amigo mío.

El herido por los saqueadores, falleció a la hora. Se trataba de un paisano de 67 años, hipertenso, diabético y moderadamente afectado por la enfermedad radiactiva. Pero la bala le había atravesado los pulmones y tuvo una parada cardiorrespiratoria que la doctora y sus ayudantes con sus pobres medios no pudieron superar. Bueno, el pueblo ya llevaba 12 muertos, uno más no impresionó a nadie, salvo a su familia que se mostraron extrañamente fatalistas y hasta díscolos al poner en duda que Juanito se llevara a pelear con soldados a un jubilado del campo.

—Se presento voluntario con su escopeta —se defendió Juanito—. Y era de los mejores tiradores del pueblo, se cargó al conductor. No podemos dejar que nos quiten la comida y el agua sana. Moriríamos todos.

Los familiares se llevaron el cuerpo para enterrarlo. Luego supimos que tenían antiguas desavenencias por tierras con la familia de Juanito.

Juanito le dio a Blacksmith la escopeta de su padre y le dio 20 cartuchos de perdigones. En cuanto a los fusiles, uno se lo dio a su hermano tía recuperado del culatazo que le dieron los soldados y el otro se lo quedó él. La pistola y su cinturón se la dio al vigilante de la iglesia que era de su familia para que tuvieran algún “argumento” cuando surgían disputas por las medicinas y los tratamientos. El pueblo se fortificó y se pusieron escopeteros en puntos altos para vigilar la llegada al pueblo. Después se hizo una comida comunal a la que asistieron unos 20 habitantes. Todos estaban afectados, pero se mostraban animosos y muy amables con la doctora y su marido que habían venido a ayudar.

Blacksmith rumiaba sus pensamientos. ¿Deberían quedarse en el pueblo y pedir asilo a Juanito? Y qué hacía con las provisiones de su casa y, caballito, qué hacía con él. Habló con Juanito mientras éste se fumaba un puro y se tomaba una copa. Esta gente de campo son la bomba. A Juanito le pareció muy bien que viniera, él tenía sitio de sobra en su casa, un depósito de agua sana, wáteres en buen estado, no funcionaban las duchas pero había agua suficiente para salvarse como los gatos. No le impresionó la historia del caballo. La mayoría

del ganado del pueblo había muerto, salvo alguno estabulado, pero todos estaban tan enfermos como los humanos y ni su leche ni su carne tenía utilidad al estar contaminada. De hecho había recomendado a su paisanos sacrificarlos para no gastar cereal y solo quedarse con las mascotas, perros y gatos que eran útiles para la plaga de ratones de campo que se había desatado y los perros para alejar a las manadas de perros asilvestrados. En su almacén había pienso seco para estos animales para bastante tiempo. Lo entregaba racionado a cambio de vales firmados para arreglar cuentas cuando hubiera tiempos mejores.

—Bueno, —terminó Juanito—. Vete para tu casa, mejor, te voy a llevar yo, pero antes vamos a pasar por la cabaña del forestal a ver si hay walkie-talkies. Luego te dejo allí, preparas tus cosas y mañana por la mañana te recojo. Al caballo debes soltarlo, que siga su curso natural.

El señor Blacksmith asintió pero por dentro no. No sabía porqué se había encariñado con el caballo, pero no tenía intención dejar a una animal tan bueno y dócil a merced de los perros salvajes.

En la cabaña, efectivamente encontraron una radio de onda corta, pero que de nada servía por necesitar corriente eléctrica. Y efectivamente había una pareja de walkie-talkies, aunque sin pilas. Blacksmith llevaba del modelo necesario AA en su inseparable mochila. Una vez cargados estuvieron probando pues Juanito sabía usarlos por sus conocimientos de bombero forestal.

Cerca del coche vieron humo y fuego en la sierra.

—Incendios —señaló Juanito—, eran inevitables.

El señor Blacksmith resopló.

Cuando llegaron al pueblo, el señor Blacksmith se bajó del coche y le dijo a Juanito que no hacía falta que le llevara ni le trajera, ya se las apañaría el, únicamente que le dijera a su mujer que se verían mañana temprano.

Partió pues nuestro jubilado con su escopeta y sus 20 cartuchos, su mochila cargada de maravillas, un contador Geiger, pilas, una navaja de vendimiar, un tubo de aspirinas, las

pastillas de la tensión, un buen bocata de carne mechada que le había dado la madre de Juanito, una botella de agua con el tapón del tipo de la gaseosa. Y un buen trozo de rico queso de cabra. Había aligerado además la protección y una bolsa de basura verde a modo de poncho hasta las rodillas y una capucha con gorra, gafas y mascarilla amen de sus ropas le servían de protección.

En la carretera no había nada vivo y si muerto. Ni rastro de los saqueadores, mientras el humo empezaba a llegar empujado por el viento y la tenue línea del fuego parece que se mantenía en su mismo sitio siempre, aunque era mentira.

Llegó desfondado a su casa. El caballo estaba en su sitio y había deposiciones en abundancia, todas malas. Lo sacó al jardín y lo dejó suelto. El caballo se puso a comerse algunas flores y el propio césped, y todo ello era veneno pero no le detuvo. Ni quedaba paja ni quedaba muesli, ni nada que pudiera comer un caballo. Esto le desmoralizó. Subió al piso de arriba, incluso mas, salió por la claraboya del tejado y apoyado en la chimenea atisbo con los prismáticos los alrededores, los bosques de matorrales, los encinares, los carrascos, y los pelados, resecos y grises claros. Salvo el incendio todo estaba en orden. Esperó al anochecer para volver a subirse al tejado y tener más posibilidades de detectar las hogueras de quien quiera que las hubiera encendido. Como así fue. En la casa vecina a la suya a unos 300 metros y que siempre estuvo abandonada ardía un bidón y a su alrededor, la capitana y sus secuaces asaban pinchos morunos mientras bebían cerveza del tiempo.

Encendió el walkie-talkie y tras varios intentos Juanito respondió.

—Están aquí —le dijo con voz entrecortada.

Juanito le pidió que no hiciera ninguna lumbre ni usara las linternas, que se mantuviera alerta y a la expectativa y que ya mañana verían que hacían.

Se cenó sin ganas el bocadillo, y se bajó al jardín y en el porche se sentó en la silla de playa mientras el caballo resoplaba y lo ponía todo perdido con la terrible diarrea que padecía. Pero sentado con su escopeta sobre las rodillas se sentía tranquilo. Al primero que asome me lo frió. Después ya veremos.

El miedo no le dejó dormir. Pero sí pensó mucho. Cómo la humanidad había llegado hasta aquí. Como habíamos soportado autoridades que veían bien tener armas atómicas almacenadas en una base naval prestada a otros. Cómo es que pertenecíamos a un club militar cuyo enemigo común estaba a casi 4.000 kilómetros de su casa. Donde al único enemigo que conocía desde que llegó a la comarca era en realidad un político extremista de derechas local que quiso pegarle por llevarle la contraria en una demostración fascista. Ese sí que era su enemigo, un tipo de 120 kilos, 1,90 metros, unos brazos tatuados de luchador y una camiseta negra que daba tanto miedo como el careto carcelario del protagonista, al final sólo se llevó un empujón porque la doctora lo sacó de allí con habilidad y lo metió en un bar de gente conocida.

El agotamiento le durmió. De amanecida se despertó con el cuello dolorido y se fue para la cama. El caballo estaba parado bajo un peral y roía unas peras verdes y duras que es lo único que daba ese frutal. A la luz de la suave luna enrojecida y con un cielo a colores negro y rojo el caballito era fantasmagórico al completo.

Pero no se demoró, recogió todo lo que consideró indispensable y rearmó el carrito y luego engancho el caballo al carrito con una mejora que le hizo a los arneses. Dócilmente condujo al caballo, cerró el portón, y procurando no hacer ruido bajo por el camino que les conduciría a la carretera del pueblo. Al llegar al cruce, oyó gritos de los saqueadores que mientras él se iba, ellos venían a saquear su casa. Se sentó en la silla delantera del carrito y jaleó al caballo para que saliera pitando. El animal no estaba para muchos trotes, pero lo hizo, trotó y trotó hasta que poco a poco fue bajando el ritmo y simplemente caminaba. Por las fosas nasales le salía sangre, el pobre se iba de vareta dejando una estela rojiza en la carretera. Estaba en las últimas pero aguantaba salvando la vida de Blacksmith.

En una loma divisó con sus prismáticos como la endemoniada tropa había derribado el portón y entrando en su casa sacaban de todo. Esta vez iban en una ambulancia y un jeep de la guerra de Corea. Al principio no vio a la capitana, y cuando la reconoció se dio cuenta de que la habían violentado, a saber qué, y llevaba puestas bridas en las muñecas. Como quedaban aún unos tres kilómetros para el pueblo siguió con premura su camino sin pedirle al caballo mas esfuerzo, adivinando su débil estado. Pero necesitaba llegar al pueblo y

abrazar a su mujer y avisar a los hombres de Juanito de que los saqueadores seguro que volvían con mejores artimañas para tomar el pueblo. Pero la marcha se hacía larga y el miedo mas largo aún. EL sol se levantaba sin ninguna perspectiva y las negras nubes quizá eran de tormenta, quizá eran de cenizas, quizá eran del incendio, quizá eran del demonio espectador de las tragedias.

Malditos saqueadores, ahora que estaba bajando la radiación, que hasta podrían plantearse retirar uno o dos metros de la tierra de labor y sembrar a la espera de buena suerte. Quizá se podríamos criar pollos y con alguna vaca poco afectada buscar un toro para tener terneros, quizá...

Cuando llegó al pueblo, la calle Mayor estaba bloqueada con toda clase de obstáculos. Pero al verlo, los escopeteros y el hermano de Juanito, muy orgulloso con su fusil de asalto, retiraron unos palés para que pasara. No había caminado diez metros y ya se veía a Juanito bajar para saludarle, cuando el caballo cayó al suelo como plomo, muerto, sangrante y lleno de llagas. Juanito llamó al tractorista para que bajara y se llevara con la pala del cadáver del animal. Blacksmith apenas pudo contener la emoción.

—Le tenías estima, por lo que veo.

—Nos ayudó sin conocernos y nunca tuvo un gesto rebelde. Que buen caballo era.

—Ya —le respondió Juanito—. Aquí apenas nos queda ganado, ni gallinas ni conejos, prácticamente está muriendo todo.

Nuestro jubilado les informó de que los saqueadores ya estaban en su casa. Que la capitana iba atada, que era muy mal presagio, y que estaba seguro de que vendrían de noche o de madrugada.

—Bueno, —respondió Juanito—, a la capitana que le den... Y en cuanto a esa tropa la vamos a machacar, les tengo preparada una sorpresa. Por lo demás, tu mujer ya esta en la iglesia. Esta haciendo una gran labor y os damos las gracias.

—Que menos, Juanito.

—Os alojáis en mi casa, por cierto.

—Gracias.

En la iglesia se abrazó a su mujer a la que contó que casi le pillan. Ella le levantó la moral.

—Sabes que han mejorado bastante algunos pacientes, mejora definitiva no esa que te da a la semana y luego la palmas. No, no, mejora definitiva. Estoy contenta.

—El caballito murió, pero me trajo.

—Era un buen animal.

—Los saqueadores volverán, seguro.

—No temas, estas buenas gentes les darán lo suyo y podremos dedicarnos a sobrevivir y reconstruir.

—Ojala.

La mortecina y venenosa mañana se abrió un poco y esparció cenizas de los incendios. Los humanos, todos con ponchos de bolsas de basura por encima de las ropas evitaban la intemperie y cada ciudadano de aquel pequeño pueblo castigado duramente por lo que nunca se suponía que iba a suceder, se aguantaron sus dolores, se vendaron sus llagas, se pusieron cremas para sus escozores y a paso de herido se dirigieron a sus afanes en aquel esplendido intento de salir del trance en el valle de las sombras de la muerte.